

SANTA MARÍA DE GUADALUPE: HISPÁNICA,  
NOVOHISPANA Y MEXICANA.  
TRES SERMONES Y TRES VOCES GUADALUPANAS. 1770-1818.

Jorge E. TRASLOSHEROS H.

Estamos acostumbrados a pensar que el discurso guadalupano es una manifestación patriótica y nacionalista, en el cual la mexicanidad ha encontrado una de sus más puras y trascendentes manifestaciones. Con ser cierta tal aseveración, pocas veces reparamos en el hecho de que esto no fue siempre así y que también estuvo ligado, en el terreno político, a expresiones no tan mexicanistas mas no por ello menos guadalupanas. De esta diversidad nos ocuparemos en el presente escrito y lo haremos comentando tres manuscritos de sermones guadalupanos, localizados en la colección documental de la Biblioteca Latinoamericana de la Universidad de Tulane.

Cada uno de los sermones que comentaremos reclama para su causa el símbolo y potencias de la virgen de Guadalupe. El primero fue predicado por el arzobispo de México don Francisco Antonio de Lorenzana y Buitrón en 1770, y en él afirma ser la virgen de Guadalupe la bendición divina al mandato del monarca español en Indias; el segundo, anónimo de 1818, declara que la Guadalupeana es la protectora de la Nueva España dentro de los reinos hispánicos; y el tercero, anónimo tal vez de la última hora de la Nueva España o primera de la independencia, afirma ser la virgen de Guadalupe la fundadora, libertadora y corredentora de la nación mexicana. Se trata de tres discursos, de tres voces distintas sobre la virgen de Guadalupe quien resulta ser, según el punto de vista, lo mismo hispánica, novohispana, que mexicana.

*El sermón y la virgen de Guadalupe*

El sermón es una pieza oratoria para ser predicada en la iglesia ante la comunidad de los fieles en momentos de especial importancia. Su

principal intención es instruir a los creyentes en la religión y prácticas cristianas y explicar dogmas o principios morales de la fe. Debe diferenciarse de la homilía, más cotidiana y menos formal, la cual se limita a ser una charla explicativa de los textos litúrgicos. Antes de la existencia de los grandes medios de difusión de las ideas, como la prensa diaria, radio y televisión, el sermón constituyó una de las principales vías de comunicación entre la jerarquía eclesiástica, alta o media, y el pueblo llano.

Como bien sabemos, la Iglesia Católica ocupó una posición protagónica en la vida cultural de la Nueva España, así en la propia de las elites como en la llamada “cultura popular”. Los sacerdotes jugaron un papel de intermediarios culturales interpretando y explicando prácticas, ideas, creencias, usos y costumbres.<sup>1</sup> El sermón ocupó un lugar privilegiado en esta intermediación cultural pues a través de éste no sólo se explicaban las verdades “oficiales” de la religión, sino que también se alimentaba la piedad del pueblo, se discutían asuntos políticos, se debatían ideas y se alimentaban creencias. La Guadalupana, por supuesto, tuvo un lugar central en estos sermones.

Es bueno recordar que la Nueva España fue una sociedad letrada en sus estratos medios y altos de la población urbana que consumía como lecturas principales obras pías.<sup>2</sup> Entre estas obras figuraban los sermones impresos con los cuales se podría formar una interesante bibliotecas.<sup>3</sup> Además, por ser piezas de no mucha extensión, era factible hacer copias manuscritas para circularlas de mano en mano o bien leerlas en voz alta en reuniones familiares. No obstante su importancia, los estudios sobre tan trascendente pieza oratoria, para lo que fue la Nueva España, escasean. Por fortuna contamos con los estudios que sobre el sermón novohispano viene realizando Carlos Herrejón, a los que se suman los de Brian

<sup>1</sup> Taylor, William, *The Magistrates of the Sacred; Priests and Parishioners in eighteenth-century Mexico*, Stanford, Stanford University Press, 1996. Herrejón Peredo, Carlos. “La oratoria en Nueva España”, *Relaciones*, núm. 57, invierno de 1994.

<sup>2</sup> Cfr. Leonard, Irving, *La época barroca en el Mexico Colonial*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, caps. V y VIII.

<sup>3</sup> Para darse una idea de la importancia de tales escritos, basta con una revisión somera de la obra de don José Toribio Medina, *La imprenta en México*, Chile, Imprenta del autor, 1912; más sus adiciones posteriores. De gran utilidad también lo es el acudir al *Manual del librero hispanoamericano*, Barcelona, Librería Palau, 1954, de Antonio Palau y Dulcet.

Connaughton sobre el sermón cívico-patriótico de la primera mitad del siglo XIX.<sup>4</sup>

Por lo que respecta a estudios que se ocupen del sermón guadalupano son de obligada mención las obra de don Francisco de la Maza y la colección publicada por David Brading.<sup>5</sup> Sin embargo, su estudio apenas empieza. Bien vale destacar la ironía que del sermón sobre la virgen de Guadalupe más comentado hasta la fecha no se conozca su original. Nos referimos al que pronunciara fray Servando Teresa de Mier el 12 de diciembre de 1794, reconstruido en sus ideas centrales por Edmundo O´Gorman.<sup>6</sup> Así las cosas, resulta importante reconsiderar el sermón como fuente para la historia de la literatura, de las ideas y del arte en general, y del guadalupanismo en particular. De esto bien podemos tomar ejemplo en los trabajos recientes de Jaime Cuadriello Aguilar.<sup>7</sup> En estas líneas veremos en el sermón guadalupano una manifestación del discurso político religioso del último tramo de las jornadas novohispanas.

### *Tres sermones guadalupanos*

En la Biblioteca Latinoamericana de la Universidad de Tulane se encuentran tres manuscritos de sermones guadalupanos. El primero de ellos en la “William Gate´s Collection”, folder 38, caja 2, predicado por el arzobispo don Francisco Antonio de Lorenzana el 12 de diciembre de 1770 en la Colegiata de Guadalupe. El segundo, de autor anónimo, fue predicado el 1 de febrero de 1818, al parecer en

<sup>4</sup> Herrejón, Carlos, “La oratoria...”, *op. cit.*; “El sermón en Nueva España durante la segunda mitad del siglo XVIII”, ponencia presentada en el XVII Coloquio de Antropología e Historia Regionales de El Colegio de Michoacán, del 24 al 27 de octubre de 1995. De Brian Connaughton, “Ágape en disputa: fiesta cívica, cultura política regional y la frágil urdimbre nacional antes del Plan de Ayutla”, *Historia Mexicana*, vol. XLV: 2, 1995; *Ideología y sociedad en Guadalaajara (1788-1853)*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, UNAM, 1992, cap. 4.

<sup>5</sup> Francisco de la Maza, *El Guadalupanismo mexicano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981; David Brading, *Siete sermones guadalupanos (1709-1765)*, México, Centro de Estudios de Historia de México Condumex, 1994.

<sup>6</sup> Edmundo O´Gorman, *El Heterodoxo guadalupano*, México, UNAM, 1981.

<sup>7</sup> Cuadriello Aguilar, Jaime, “Visiones en Patmos-Tenochtitlán: La Mujer Águila”. Ponencia presentada en el XVII. Coloquio de Antropología e Historia Regionales de El Colegio de Michoacán. Zamora, Michoacán, del 24 al 27 de octubre de 1995. Versión ampliada del artículo publicado en *Artes de México*, número 29.

Tepozotlán, y se encuentra en la “Viceregal and Ecclesiastical Mexican Collection”, legajo 47, expediente 13. Por último, ubicado en la misma colección y sitio que el anterior, tenemos un sermón sin autor ni fecha que, al parecer, vio luz un doce de diciembre en el Real Colegio para niñas indígenas.

El sermón predicado por Lorenzana es copia manuscrita del publicado en México, por José Antonio de Hoyal, el año de 1770.<sup>8</sup> El que tengo frente a mí lleva por título: “Oración a Nuestra Señora de Guadalupe compuesta por el Ilustrísimo Señor don Francisco Antonio de Lorenzana, arzobispo de México. Y predicado en dicho santuario a 12 de diciembre de 1770, habiendo cantado la misa el ilustrísimo señor obispo de Michoacán, religioso dominico don fray Antonio de Alcalde (*sic*). Se imprimió en la calle de tiburcio”. Se trata de un manuscrito en cuarto, con letra menuda pero legible, que compone un cuadernillo de 18 páginas de papel de algodón en buen estado de conservación. No sabemos el año en que fue realizada tal copia ni si se trata de algún traslado directo del original, si bien está profesionalmente realizado. Es un texto erudito, lleno de metáforas y alegorías, con clara intención tanto de persuadir al auditorio sobre las tesis allí expuestas, como de impresionarlo con giros y argumentaciones sorprendentes. Tiene un aparato crítico compuesto de notas bíblicas marginales y otras 36 notas explicativas contenidas en un pequeño apéndice. Siguiendo la caracterología del sermón novohispano elaborada por Carlos Herrejón,<sup>9</sup> podríamos decir que se trata de una pieza a caballo entre el sermón barroco y el neoclásico. El hecho de haber sido impreso antes de ser predicado nos indica la importancia que el arzobispo le dio al texto.

El segundo sermón es el más breve de los tres con apenas once páginas manuscritas en igual formato que el anterior, pero con letra un poco más legible y expandida. Carece por completo de aparato crítico. En la página que sirve de portada tiene escrito, hasta arriba: “El exordio *Ex Belarmino Supr. V. 147. N. n. fecit. Sra* predicado en Tepozn, en 1 de febrero del año de 818 en la función de N.S. de Guadalupe”. Puede referirse a la víspera de la fiesta de la Candelaria en Tepozotlán. Es una pieza sencilla, directa, sin rebuscamientos, cuya intención central es el persuadir a los fieles de la necesidad de

<sup>8</sup> Cfr. Palau y Dulcet, Antonio, *Manual del librero hispanoamericano*.

<sup>9</sup> Herrejón, Carlos, “La oratoria...”, *op. cit.*

vivir una fe auténtica, así en sus manifestaciones interiores como exteriores, por gratitud a la Guadalupana. Podríamos decir que estamos ante un sermón de corte neoclásico.<sup>10</sup>

El tercer sermón es un manuscrito de excelente letra e igual formato que los dos anteriores, con 22 páginas escritas también en papel de algodón. El cuadernillo tiene sueltas las últimas dos hojas, pero sin faltarle un punto al texto. Carece de aparato crítico. Por título lleva el versículo 9, capítulo 52 de Isaías que dice, en latín: *Gaudete, et laudate simul deserta Jerusalem, quia consolates est dominus populum suum, et redimit Jerusalem*. Sus características son similares a las de nuestro sermón de 1818, por lo que bien puede ser considerado neoclásico. Sin embargo, por su fuerte sabor patriótico y nacionalista parece también anticipar el sermón cívico-patriótico de la primera mitad del siglo XIX que ha venido estudiando Brian Connaughton<sup>11</sup>. Esta tercera pieza carece de autor y fecha, si bien en sus páginas finales dice haberse predicado en el Real Colegio de Indias Doncellas, bajo la protección de la virgen de Guadalupe. De su fechamiento cabe observar lo siguiente. Por un lado, en la prédica se habla de México con entusiasmo, como de una entidad diferenciada y única que merece los calificativos de nación y de reino; por otro lado, España es señalada como “aquella nación afortunada”. Los españoles son vistos con simpatía y la nueva nación se vive con optimismo y esperanza en el futuro. Por otro lado, México todavía no es ni el imperio de Iturbide (1822-1823) ni la república de 1824. México es la nación y el reino lleno de futuro, tal y como fue pensado por los sectores criollos de la última hora de vida novohispana. Podemos presumir, pues, que a esa época pertenece nuestro sermón.<sup>12</sup>

Es importante señalar que estos dos últimos sermones, a diferencia del de 1770, no merecieron ser consagrados por la imprenta, lo que les reviste de especial interés. Pueden ser pensados como representativos de la prédica cotidiana de aquellos años, ecos de otras voces.

En el contexto general de los sermones no debemos perder de

<sup>10</sup> Herrejón, Carlos, “El sermón en ...” *op.cit.*

<sup>11</sup> Connaughton, Brian, *Ideología... op. cit.*

<sup>12</sup> González y González, Luis, “El optimismo inspirador de la independencia”, en *Once ensayos de tema insurgente*, Zamora, México, El Colegio de Michoacán/Gobierno del Estado de Michoacán, 1985.

vista que su rango temporal va de 1770 a 1821, esto es, del momento cumbre de las reformas borbónicas hasta la Independencia. Dicho en otras palabras, del cenit de la política que pretendió convertir los reinos de las Indias Occidentales en efectivas colonias de España, hasta la guerra de Independencia liderada por los sectores criollos de la Nueva España, consecuencia final de aquel impulso modernizador. Tiempo en que la dinastía de los Borbones, bajo el reinado de uno de los más distinguidos déspotas ilustrados como lo fue Carlos III, hizo el último de los esfuerzos por regresar a España al sitio protagónico que alguna vez tuviera en la política europea y mundial.

*Virgen de Guadalupe, virgen hispánica, reina soberana.*

Don Francisco Antonio de Lorenzana y Buitrón fue, tal vez, el más regalista de cuantos arzobispos pisaron suelo novohispano. Descendiente de familia noble nació en León en 1722 y tuvo una carrera eclesiástica de lo más destacada. Apenas ascendido al sacerdocio obtuvo un canonicato en Toledo. Fue obispo de Palencia, arzobispo de México, arzobispo de Toledo y cardenal de la Iglesia Católica Romana. Murió en Roma el año de 1804. Se distinguió por su amor a las letras, pero sobre todo por su lealtad a los monarcas españoles a quienes sirvió: Carlos III y Carlos IV.<sup>13</sup> Durante su gestión al frente del Arzobispado de México (1766-1772) se distinguió por ser promotor del regalismo carolingio cuya máxima expresión fue el IV Concilio Provincial Mexicano de 1771, que finalmente quedó sin aprobación real ni pontificia.<sup>14</sup> El sermón que nos ocupa fue predicado un mes antes de la celebración de este concilio.

Aquel 12 de diciembre de 1770 la Nueva España vivía una coyuntura particular. Con seguridad en la memoria de los oyentes estaba fresca tanto la expulsión de los jesuitas, como la ola de protestas que desató (1767). Por igual tendrían presente la visita general de don José de Gálvez (1761-1772), enviado por Carlos III para impo-

<sup>13</sup> Cfr. Sierra Nava, Luis. *El Cardenal Lorenzana y la Ilustración*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1975.

<sup>14</sup> *Idem.* También se publicaron las actas del IV Concilio en la ciudad de Querétaro, 1898, por el doctor. Rafael S. Camacho, tercer obispo de Querétaro.

ner su autoridad allende el mar y quien reprimió con violencia aquellas protestas, no sin antes recordar a los súbditos americanos que habían nacido “para callar y obedecer” y no para discutir ninguno de mandatos de “Su Majestad”<sup>15</sup>.

En aquella solemne ceremonia estuvo presente, con seguridad, toda la sociedad de la “muy noble, leal y real ciudad de México”. Autoridades eclesiásticas y seculares, comerciantes, mineros, hacendados, peninsulares, criollos, mestizos e indios que acudían a cumplir con uno de los cultos más importantes de la Nueva España, el que se rendía a la virgen de Guadalupe. Un culto en todo y por todo oriundo de aquellas tierras promovido por la tradición popular -- india, mestiza y criolla--, el patriotismo criollo y la voluntad de la jerarquía eclesiástica baja y alta.<sup>16</sup>

Este sermón fue considerado importante por Lorenzana toda vez que lo mandó imprimir antes de ser predicado. Y la ocasión no era para menos pues aquel 12 de diciembre el culto de la virgen de Guadalupe recibió no sólo las consideraciones especiales de la más alta dignidad eclesiástica novohispana, del hombre del rey de España, sino que también fue objeto de nueva explicación e interpretación. El orador, posesionado del púlpito, eleva la voz e inicia el sermón. Presenta la temática y explica la dignidad de la celebración. Acto seguido hace recuento de la historia guadalupana: el momento, el indio, la Virgen, el obispo. En su historia hay dos protagonistas, la Madre de Dios y el obispo Zumárraga. Juan Diego es el intermediario, nada más. Insiste en la autenticidad del milagro e historia, y si bien lamenta la pérdida de los “instrumentos” con que Zumárraga autenticó el milagro, le basta con la tradición y fe sostenidas por siglos (casi 240 años en aquel entonces). La validez del

<sup>15</sup> Cfr. Brading, David, *The Origins of Mexican Nationalism*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985. Felipe Castro, *Movimientos populares en Nueva España; Michoacán, 1766-1767*, México, UNAM, 1986.

<sup>16</sup> Buen principio para adentrarse en la historia del guadalupanismo son las siguientes obras: de William Taylor, “The Virgin of Guadalupe in New Spain: an inquiry into the social history of Marian devotion”, en *The American Ethnologist*, vol. 14, No. 1, February, 1987; así como la obra ya referida de Francisco de la Maza. De David Brading, además de la obra ya citada, Cfr., *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, México, Era, 1983. De Jacques Lafaye, *Guadalupe y Quetzalcóatl: la formación de la conciencia nacional en México*, México, FCE, 1977. De Edmundo O’Gorman, además de la obra ya citada, consultar, *Destierro de Sombras*, México, UNAM, 1988. De don Ernesto de la Torre Villar, *En torno al guadalupanismo*, México, Miguel Angel Porrúa, 1985.

evento era tal que el mismo Papa le había concedido “oficio con octava y patronato universal de toda Nueva España”. Establecida la verdad, pasa a interpretarla.

Para Lorenzana la virgen de Guadalupe a todos honró. A Zumárraga como primer arzobispo y en él a todos sus sucesores (Lorenzana incluido) y demás españoles. Al País Vasco por ser la tierra de tan digno prelado. A toda España en la persona del conquistador “cuyos trabajos premió la reina soberana queriendo que el título de esta Señora fuese de Guadalupe (como aquella que está) en la Extremadura, (...) patria de Cortés”. A los indios, “por la obediente devoción, fe y sencillez de Juan Diego, primicia hermosa del gentilismo”. Y a los de color quebrado (mestizos, mulatos, etcétera), por la morenez del rostro de la Virgen, lo que no le afea en nada, — apunta el prelado como para convencerse a sí mismo—, “antes bien le agracia (pues) morenas y más morenas que este celestial retrato son las imágenes más celebradas en España.” Y entre ellas la misma Guadalupe de Extremadura, a quien Lorenzana da en llamar “la nuestra” (!!!) dejando sentir toda su hispanidad peninsular diferenciándose a sí mismo de la indiana.

“La reina soberana”, además de honrar a todos es también maravillosa. Se apareció un 9 de diciembre por primera vez, justo en la octava de la Inmaculada Concepción cuya imagen plasmó milagrosamente en el toco sayal del indio Juan Diego. Con ello reconoció el esfuerzo de los franciscanos quienes tanto empeño habían puesto en promoverla, y de paso, aunque Lorenzana no lo dijera explícitamente, ni hacía falta que lo hiciera, a la corona española como la más ferviente promotora del dogma y culto a la Purísima, tanto que desde el siglo XVII la Inmaculada era Patrona Universal de todos los reinos de España.

Así, para el arzobispo Lorenzana, la virgen de Guadalupe no era otra que la mismísima Inmaculada Concepción a quien Dios padre escogió como su hija, Dios Hijo como su madre, el Espíritu Santo como su esposa, y la monarquía hispánica como su patrona. Pero aquí no paraba todo. El retrato de la “Reina Soberana” Inmaculada Concepción-Guadalupe, es pintura realizada por la mano de Dios en la cual se logra “el mayor jeroglífico de su alta dignidad, su triunfo y la América liberada de su infidelidad”. Descifrando significados, según Lorenzana, América resulta ser el Benjamín amado de la soberana celestial, cuya imagen no es otra que la descrita por san Juan

Evangelista en el Apocalipsis. Virgen cuyo poder destruye al dragón de la herejía, pecado supremo aparecido en el Viejo Mundo, pero desconocido en el Nuevo. Así, en virtud de la Inmaculada Concepción-Guadalupe, la infidelidad y la herejía han sido derrotados y desterrados de América.

El resto del sermón se le va al orador en reforzar más o menos las mismas ideas a través de simbolismos bíblicos abarrocados. Para terminar, invoca a la Guadalupana/Inmaculada Concepción y pide por la conservación de la monarquía y salud de los reyes, “cuyas leyes todas respiran amor y piedad a estos naturales (indios), especialmente las Cédulas Reales del Señor Rey Don Carlos III”; por el feliz gobierno de los virreyes y el éxito del IV Concilio Provincial Mexicano que daría comienzo a un mes de predicado el sermón.

Al terminar la prédica, la comunidad de fieles asistentes se había enterado --y los que no, lo podrían leer después-- que la Inmaculada Concepción, Reina Soberana, se había aparecido en México en la figura Guadalupana al obispo Zumárraga con el fin de premiar los católicos esfuerzos de la corona española, liberar a América de la idolatría, de la infidelidad y preservarla de la herejía. Todo lo cual la convertía no en la octava maravilla del mundo, sino en la primera.

En realidad, nada de lo predicado por don Francisco Antonio de Lorenzana era nuevo para los oídos de su auditorio, en especial criollos, mestizos e indios. Las mismas imágenes habían sido utilizadas en los sermones por los clérigos novohispanos a lo largo de dos siglos:<sup>17</sup> la virgen del Apocalipsis, su identidad con la Inmaculada, su soberanía divina, su papel libertador de la idolatría, su amor a estas tierras. Tantísimas veces se había escuchado, también, la historia del obispo, la Virgen y el indio. Lo que variaba radicalmente era el acomodo de las ideas y por lo mismo su interpretación. Veamos.

En la tradición literaria del guadalupanismo criollo aquellas evocaciones sirvieron para elaborar un mensaje claro y que podemos sintetizar en los siguientes términos:<sup>18</sup> . primero, que por virtud de

<sup>17</sup> De la Maza, Francisco, *op. cit.* Brading, David, *Siete sermones...*, *op.cit.*

<sup>18</sup> Ernesto de la Torre Villar y Ramiro Navarro de Anda. *Testimonios históricos guadalupanos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982. En esta obra se contiene una interesante antología de autores novohispanos que con sus escritos conformaron lo que podemos llamar el guadalupanismo criollo. Por mencionar los más importantes de ellos: Miguel Sánchez, Luis Lasso de la Vega, Luis Becerra Tanco, Francisco de Florencia, Lorenzo Boturini, Miguel Cabrera, José Ignacio Bartolache, fray Servando Teresa de Mier.

la virgen de Guadalupe la Nueva España era una patria privilegiada por Dios y el indiano su nuevo pueblo elegido sin diferencia de castas —que no de jerarquías—, lo que ponía a la tierra americana en no menor categoría que la española, si no es que por encima de ella; segundo, que tal privilegio se hacía más evidente pues la Inmaculada Concepción se revelaba con nitidez en la figura de la virgen del Tepeyac;<sup>19</sup> tercero, que la Guadalupana ejercía plena maternidad sobre todos los habitantes de estas tierras que a ella acudieran y en ella creyesen, prodigando su amor, compasión, auxilio y defensa; y, cuarto y último, que gracias a ella se realizó en poco tiempo la hazaña evangelizadora, lo que hizo innecesario todo otro milagro o demostración celestial.

Es claro que, usando las mismas imágenes, Lorenzana había invertido los términos e interpretación del evento. La virgen de Guadalupe justificaba toda acción pasada, presente y futura de del monarca español en Indias, como legitimada por Dios mismo. El providencialismo subyacente a toda la dominación hispana en América recibía, así, el *fiat* de su Majestad Divina. En otras palabras, si el sustento ideológico del despotismo de los borbones era la teoría del “Derecho Divino”, esto es, de que el rey es soberano por exclusiva voluntad de Dios, entonces la aparición de la Inmaculada Concepción en el Tepeyac era la rúbrica de puño y letra de Dios al mandato de rey en Nueva España. El rey soberano justificado, mejor aún, mandatado, por la virgen Inmaculada de Guadalupe para dominar América. Así, en la voz de Lorenzana, la virgen de Guadalupe se transformaba en la virgen hispánica por excelencia <sup>20</sup>

Sin embargo, en la argumentación del arzobispo quedó suelto un detalle muy digno de apuntar. De entre la imaginería que utilizó

<sup>19</sup> Richard Nebel ubica la asociación entre la virgen de Guadalupe y la Inmaculada Concepción, hecha explícitamente por intelectuales criollos, en el último tercio del siglo XVII. En especial se refiere a la obra de Mateo de la Cruz y a las de Francisco de Florencia. Richard Nebel, *Santa María Tonantzín Virgen de Guadalupe. Continuidad y transformación religiosa en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975, p. 273-275 y nota 13 de la p. 275.

<sup>20</sup> La voz de Lorenzana no fue ave de paso. De cierto, similares argumentos fueron retomados en 1811 en el sermón que, en desagravio de la virgen de Guadalupe, mandara predicar el prelado michoacano Manuel Abad y Queipo, el día 1 de Mayo de 1811, publicado por Mariano José de Zúñiga, en México, el mismo año. Sospechamos que se trata de toda una corriente de interpretación regalista de la tradición guadalupana, no menos presente en la condena que el obispo Haro hiciera contra fray Servando Teresa de Mier en 1794, *Cfr.* O’Gorman, *El heterodoxo guadalupano*, *op.cit.*

hubo una que, si bien menciona, no la refiere como central a contrapelo de la tradición de los sermones y obra guadalupanos del siglo XVII y XVIII que hemos mencionado: la maternidad de la virgen de Guadalupe sobre todos los habitantes de estas tierras. Pequeño detalle de la mayor importancia.

*Virgen de Guadalupe: "Luz indeficiente" de la Nueva España*

El 1 de febrero de 1818, víspera de la festividad de la Candelaria, probablemente en Tepozotlán, se celebró una función en honor de la virgen de Guadalupe. Por la fecha y el lugar el evento debió tener su importancia, y si bien es poco probable que asistieran las altas dignidades del reino, por lo menos acudieron las del lugar.

Muchos años habían pasado desde aquel erudito sermón de Lorenzana. El ciclo de reformas borbónicas había llegado a su fin, en mucho por la fuerza de los procesos de independencia con que se cimbraba el seno materno americano. En la Nueva España la rebelión criolla se había expresado políticamente desde 1808 con el movimiento del Ayuntamiento de México y, un año después, en Valladolid. En 1810 había estallado la rebelión armada comandada por criollos, a la cual se sumaron las masas campesinas del Bajío. La rebelión tomó cuerpo definitivo y se tornó revolución bajo la dirección de José María Morelos y don Ignacio López Rayón. Para 1818, aunque el movimiento insurgente había sido descabezado, se mantenían en armas algunos grupos en el sur del país y la idea de la independencia había encarnado en la sangre hispanoamericana. En España, desde el regreso de Fernando VII a la corona española en 1814, el despotismo había sido reinstalado y acabó con la constitución liberal elaborada por las Cortes de Cádiz en 1812.

Como es bien conocido, en el movimiento de independencia la virgen de Guadalupe jugó un papel de primer orden. Superior imagen del patriotismo criollo y una de las devociones más estimadas de mestizos e indígenas, al influjo de la guerra se transformó en símbolo de la revolución, al grado de ser llamada por los peninsulares, "María Insurgente". La jerarquía eclesiástica y secular contraatacó desautorizando su uso por los guerrilleros y líderes, muchos de ellos sacerdotes. Con tal fin se hicieron desagravios en su honor, se acusó de impíos y hasta de herejes a los jefes de la insurgencia, se dictaron excomu-

nes contra los rebeldes, pero todo fue vano esfuerzo. De igual forma en que la patria novohispana se transformaba en la nación mexicana, la Guadalupana dejaba de ser un culto predilecto entre otros, para serlo de una nueva identidad nacional apenas en formación<sup>21</sup>

El sermón predicado aquel 1 de febrero de 1818 en Tepozotlán es una pieza pequeña, esencialmente moralista, interiorista, lo que no deja de tener su “detalle”. La temática del sermón es sencilla, clara, directa: por la virgen de Guadalupe la Nueva España recibió favores que no se habían dispensado a ninguna otra nación, lo que generó deudas con ella e impuso deberes. Apunta el autor del sermón: “...el que halló beneficios, halló prisiones; encontró grillos el que encontró gracias y favores”.

Nueva España, nunca en el sermón llamada México, recibió favores de la virgen de Guadalupe. A este “pueblo” lo llenó de “dones y dádivas aventajadísimas de su amor”. María, “aurora resplandeciente”, es la “luz indeficiente” profetizada por Isaías para alumbrar al pueblo que camina en las tinieblas. Es ella la que rescató este pueblo de las sombras de la idolatría, que le sacó de las “densas tinieblas del gentilismo” apenas al principio de su conquista.

En virtud de ello “Nuestra América” —apunta con precisión el orador para oponerle a la otra, la del norte— es similar a Israel (guardando las diferencias, se acota en el texto). Aquel pueblo elegido por Dios recibió fe, libertad, gloria, poder como ninguno otro, pero apenas lo tuvo, “prevarica y olvida todos los favores recibidos; murmura y cae en la vergonzosa idolatría”. No así la tierra novohispana. La virgen de Guadalupe en el Tepeyac, como antes en la isla de Patmos por san Juan, se deja ver por otro Juan, “el dichosísimo Juan Diego”. Mata al dragón de la idolatría y deja su imagen como “escudo firmísimo contra los dardos del paganismo y la herejía”. Por ello se mantiene la Nueva España fiel y firme en su fe, a diferencia de las naciones del Viejo Continente que, una a una, han caído en la herejía y la apostasía: lo mismo Italia, Francia, Inglaterra, que fuera el “jardín florido de los Santos”, que la “Vieja

<sup>21</sup> Meier, Matt, “María Insurgente”, en *Historia Mexicana*, vol. 23, núm. 3, marzo de 1974. Timmons, Wilbert, “Los Guadalupes: a secret society in the Mexican revolution for independence”, en *Hispanic American Historical Review*, Vol. XXX, Noviembre de 1950, núm. 4. Ernesto de la Torre Villar *op. cit.*, y *Los Guadalupes y la independencia*, México, Porrúa, 1985. Guedea, Virginia, *En busca de un gobierno alterno: los guadalupes de México*, México, UNAM, 1992.

España”.

Por la virgen de Guadalupe la Nueva España resplandece por la pureza de su fe, “herencia bien firme de casi tres siglos”. El orador pregunta a su auditorio, con la intención de afirmar: “¿Qué otra cosa publican (desde las Californias a la Mar del Sur) cada uno en su esfera, sino el bien sentado catolicismo?. ¿Quién podría dudar que todo esto se le debe a nuestra vigilantísima madre María de Guadalupe?”. Lo pregunta como si no hubiese habido procesos inquisitoriales contra los insurgentes, como si no se hubiese predicado contra la herejía e impiedad de tal movimiento prodigándose excomuniones a diestra y siniestra, como si nada de ello hubiese sucedido... o precisamente por ello.

Tantos favores generan deudas de gratitud, ¿Cuál es el pago debido?. La respuesta es sencilla: conservar los dones, pero, ¿cómo?. Mediante una vida moral, recta, ordenada, que no mezcle los vicios del carnaval que está por iniciarse, con “lo sagrado del culto”. Así, afirma:

Ved finalmente que para conservar las bendiciones y promesas hechas en nuestro favor a Juan Diego es necesario que nuestros cultos sean puros a los ojos de Dios y de su Madre Santísima que según el angélico doctor la verdadera devoción cristiana es hacer la voluntad del Hijo y de la Madre y evitar todo pecado.

Tantos favores generan deudas pagaderas con el cumplimiento de ciertas obligaciones que son, según se predica al momento del exhorto final: defender a la Iglesia católica de sus enemigos, a los obispos y arzobispos, al católico monarca Fernando VII, a los príncipes cristianos, y pedir por la pacificación de “Nuestra América”.

Si bien la pieza puede no ser de mayor calidad, su contenido es relevante. Piedra angular del discurso es la exaltación de la fe y orden novohispano por la gracia de la Guadalupana. Como apuntamos, nada de eso sucedía en aquella sociedad en esos años. No es la imagen real de lo que sucede en Nueva España, sino lo que debería suceder, es el terreno utópico presentado como tópico. La clave para acceder a la utopía es la conservación del orden establecido en virtud de Guadalupe, que no es sino guardar a la Nueva España dentro de la esfera hispánica con sus potestades eclesiásticas y seculares, bajo la cabeza única del monarca español. Y para conservar hay que

tener súbditos de moralidad personal intachable, que guarden la pureza de la fe en sus manifestaciones interiores y exteriores, vale decir, las tradiciones religiosas. Vasallos, en suma, fieles al orden establecido.

Este sermón presenta, sin duda, el tamiz “interiorista” propio de las piezas neoclásicas, en virtud de lo cual se predica la necesaria pureza interior del culto, como condición necesaria para la autenticidad de sus manifestaciones exteriores<sup>22</sup> Sin embargo, y dado su contexto, también parece evocar la tradición de la teología política desarrollada por los tratadistas españoles del siglo XVII, preocupados por la conservación de la monarquía. Para ellos, política y moralidad social e individual estaban indisolublemente entrelazados. La salvación de la monarquía dependía de la reforma moral de la sociedad a cargo de la Iglesia católica, quien vigilaría de la “vida y costumbres” de los individuos así como del “orden y decoro” del culto divino. Estos planteamientos, lógico, se incorporaron a la política y pensamiento de la Nueva España, sólo que tomaron nuevo cuerpo y perspectiva, según se desprende de las acciones de la Iglesia novohispana, en especial la del siglo XVII<sup>23</sup>

Durante la segunda década del siglo XIX, ¿no era precisamente ese el problema que aquejaba a la Nueva España?. ¿no acaso por culpa de unos herejes e impíos, escandalizadores a cual más, se disolvía aquel orden sancionado por la misma madre de Dios? Conservar políticamente la Nueva España era, a los ojos de nuestro orador, hogaño como antaño, un asunto de moralidad social e individual. Tal era el significado de la virgen de Guadalupe, tal su mensaje y cometido. La virgen del Tepeyac era la “luz indeficiente” profetizada por Isaías que guiaría al “pueblo” de la Nueva España de vuelta al orden debido. La Guadalupana era, en todo y por todo, la virgen de la Nueva España.

<sup>22</sup> Herrejón, Carlos, “El sermón en...” *op. cit.*

<sup>23</sup> Dowling, John, *El pensamiento político-filosófico de Saaverda Fajardo. Posturas del siglo XVII ante la decadencia y conservación de Monarquías*, Murcia, Sucesores de Nogués, 1957. Elliott, John H., *Richelieu and Olivares*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984. Como un ejemplo novohispano de esta política y su naturaleza en Indias, véase de Jorge Traslosheros, *La reforma de la Iglesia del antiguo Michoacán*, Morelia, Universidad Michoacana, 1995. Como se ha probado, la pervivencia de las tradiciones teológico-políticas novohispanas en la hora de la independencia no fue un fenómeno extraño, como ha sido probado por Luis Villoro en, *El proceso ideológico de la revolución de independencia*, UNAM, México, 1983, especialmente los capítulos II y IV; y por Carlos Herrejón en, *Hidalgo, razones de la insurgencia*, México, Sep, 1987, y; *Textos políticos en la Nueva España*, UNAM, México, 1984.

*Virgen de Guadalupe: "Madre, libertadora y corredentora".*

El tercer sermón gira en torno a dos ideas centrales. En la primera de ellas México, que ya no Nueva España, es igual a Jerusalén pues ha gozado de la predilección de Dios. En la segunda se afirma que México "todo lo debe a las bondades de María" quien es madre, libertadora y corredentora. El profeta del antiguo testamento seleccionado por el predicador para construir sus argumentos es Isaías y de él cita el versículo 9 del capítulo 52 que dice: *Gaudate et laudate simil deserta Jerusalem, quia consolatus est dominus populum suum, et redimit jerusalem.*<sup>24</sup>

En la introducción del sermón se describe un ambiente de fiesta y regocijo en el cual hasta el rugir de los cañones, que antes infundía pánico, ahora se suma a la algarabía. Las casas y los altares "se ven adornados con los frutos más ricos y por lo mismo más envidiados que lleva nuestro opulento país (...) la naturaleza y la religión nos brindan justas con la copa de un placer tan santo como delicioso". El predicador se suma, de entrada, al optimismo criollo de vena humboldtiana para el cual el país es "el cuerno de la abundancia" en fiesta permanente. Estado de ánimo que parece haber jugado un papel relevante en el espíritu independentista.<sup>25</sup> Establecida la atmósfera, el predicador entra en la temática.

Las causas del júbilo que en ese día sobrecoge a la ciudad son semejantes a las de Jerusalén. Aquella ciudad y aquel pueblo sufrieron de hambre, desesperación, persecución, cayeron prisioneros del extranjero y sufrieron el azote de la peste. Jerusalén en medio de su desesperación, alzando los ojos al cielo y desde el fondo de su desgracia, exclamó: "El Señor se ha olvidado de mí". Pero Dios le contesta: "... ¿puede acaso olvidarse, puede una mujer negar su tierna compasión al pequeñito hijo que llevó en su vientre?". Los clamores de dolor de aquel pueblo llegan al Dios Padre y son contestados maternalmente. Entonces es que se realiza la utopía plasmada por Isaías, la reconciliación universal en la cual el cordero convive con el león y pacen juntos en el mismo prado. El tiempo en que los mudos hablan, los sordos oyen, las familias se juntan. Todo, en virtud del

<sup>24</sup> "Estallen en gritos de alegría, ruinas de Jerusalén, porque Yavé se compadece de su pueblo y rescata a Jerusalén" (Traducción de la Biblia Latinoamericana)

<sup>25</sup> Gonzalez y González, Luis, "El optimismo...", *op.cit.*

amor materno de Dios.

El orador explica las metáforas del profeta fundado explícitamente en el magisterio de la Iglesia. Según esto, Isaías denuncia la consecuencia del pecado de Adán por un lado, y los bienes del amor de Jesucristo por el otro, sonadamente el establecimiento de la religión católica y su Iglesia, esposa de Cristo. En México, como antes en Jerusalén, también reinaban despóticamente “la superstición y la idolatría”. La diferencia es que México fue rescatada única y exclusivamente, “por la bondad de Santa María de Guadalupe, su amabilísima patrona”. Ella acude en auxilio de México y, desde la cumbre del Tepeyac el predicador le hace decir:

Yo quiero ser de un modo especial tu libertadora y corredentora. Vendré yo misma, haré trozos las cadenas duras en que lloras perdida tu libertad. Te sacaré del abismo de males en que están como anegada y perdida, haré correr hasta tu seno los bienes todos de la redención de Jesucristo, de los que él mismo me ha hecho depositaria y distribuidora. Tú, México. Sí, tú serás mi pueblo y yo misma seré tu Señora, seré tu Madre.

María de Guadalupe es como la estrella que condujo a los Reyes Magos al pesebre donde nació Jesucristo, como la esposa del “Cantar de los Cantares” que se deja escuchar por su amado. Es la virgen del Apocalipsis vista por san Juan en la isla de Patmos.

María, por su amor maternal, se obliga voluntariamente a velar por los “verdaderos intereses de los mexicanos”. Ella promete verles como a sus hijos. La virgen de Guadalupe quiere

practicar los oficios de corredentora, libertadora y medianera, porque todos estos oficios y epítetos de María se fundan, no menos que el de Madre de los hombres, en un mismo principio que [es el de la] maternidad Divina.

Esta maternidad es todavía más sorprendente por la “dulzura y ternura” con que se ejecuta. Para ejemplificar acude a Juan Diego quien, en este sermón, resulta ser el protagonista del evento del Tepeyac. Con él la Guadalupana agotó todas sus expresiones de ternura y le llamó “hijo mío”, expresión que ni siquiera prodigó la Virgen a san Juan Apóstol y Evangelista cuando, a los pies de la cruz, fue entregado por Jesús a María. Existe un paralelo entre México y

Jerusalén, como entre Juan Diego y el preferido de los apóstoles de Jesucristo. En el razonamiento de nuestro orador aquel indio ha dejado de ser “la primicia hermosa del gentilismo”, como le llamó Lorenzana, tampoco es solamente “dichosísimo” como fuera calificado en el sermón de 1818; Juan Diego se ha transformado, por la maternidad de Guadalupe, en el “primogénito de sus hijos los mexicanos”. El milagro del Tepeyac dio existencia a un nuevo pueblo, a una nueva entidad ontológicamente diferenciada: México.

Se dice o pudiera decirse, afirma el autor del sermón, que fue gracias a los “bravos leones de Iberia” y al glorioso Carlos I de España que México se volvió cristiano. Pero eso resulta, a su ojos, totalmente ilógico. Aquella nación que había visto como enemiga a la española no podía acoger la religión de sus vencedores. Ni pensarlo. No, “La religión y la fe cristiana se ha introducido en estos pueblos por los esmeros bondadosos de María (...)de aquella señora que es la misma suavidad y dulzura”

La suprema justificación del dominio español en América rueda por los suelos y lo hace a golpes guadalupanos. El argumento no sorprende por su novedad, pues de alguna manera estuvo presente en la expresión guadalupana del patriotismo criollo. Sorprende por su contundencia y claridad, cual culminación de una larga tradición, de un patriotismo que ha devenido en nacionalismo. Es la misma transparencia y lógica argumental que empleara, poco después, fray Servando Teresa de Mier en su discurso ante el Congreso el 15 de julio de 1822 <sup>26</sup>

Si la conquista se logró con el rigor de la espada, María fundó el cristianismo sin más armas que su bondadosa y dulce maternidad. Los mexicanos no son hijos de la violencia, sino del amor maternal de María, tanto que ni siquiera hubo necesidad de mártires y milagros para la evangelización. Y si bien esto último parece no obedecer a ciertas tradiciones novohispanas representadas por los cronistas del clero regular, eso no empacha a nuestro predicador para arrojar la siguiente afirmación:

El cristianismo se ha fundado en este reyno sin la efusión de sangre de mártires: la Iglesia se ha establecido en este país sin que se hayan visto

<sup>26</sup> *Fray Servando, biografía, discursos, cartas*, Monterrey, México, Gobierno del Estado de Nuevo León, Universidad Autónoma de Nuevo León, 1977. p. 254-256.

aquellos milagros que, según dice San Gregorio Papa, fueron necesarios allá en los principios del cristianismo. La aparición maravillosa de María Santísima de Guadalupe y ese retrato portentoso de su celestial hermosura que nos dejó en prenda de su maternal amor, han sido milagros a cuya eficacia no se ha podido resistir la más empedernida obstinación.

Cabe preguntarse: ¿A cuál empedernida obstinación se refiere? ¿Acaso a la de los indios al tiempo de la conquista quienes fueron los primeros mexicanos, o bien a la de los peninsulares en el tiempo de la independencia?. A cualquiera que se refiera —que todo indica ser la segunda—, el hecho es que no existe baluarte más importante del catolicismo mexicano que esta “madre dulcísima”, por cuya mediación no han florecido cismas, herejías, ni impiedades a diferencia de las naciones del Viejo Mundo.

Santa María de Guadalupe es madre, libertadora y corredentora; por ella y sólo por ella se estableció el catolicismo y la Iglesia, ella es el escudo contra los males de la religión y sus enemigos. Ella sola fundó un nuevo pueblo y le llenó de bienes. Ella es, sobre todas las cosas, la Guadalupe Mexicana.

Esta pieza oratoria más que un sermón parece una proclama de independencia espiritual que, según Mahatma Gandhi, es la única que puede garantizar la libertad de los pueblos. En este sentido, como diríamos hoy en día, el evento del Tepeyac es visualizado como el mito fundacional de México. Pero al mismo tiempo es el horizonte utópico de la nueva nación, el proyecto por el cual debe orientarse el quehacer presente y futuro de los mexicanos. Por virtud de la virgen de Guadalupe, México tendrá que ser la nación católica y mariana por excelencia, libre de toda corrupción material, política, religiosa y espiritual. No debe sorprendernos que el orador terminase su prédica con las siguientes palabras:

México, que antes te habías visto afligida y abandonada gózate, salta de regocijo, porque María Santísima tu Señora te ha consolado, te ha redimido de los males inmensos que te afligían y te ha colmado de toda suerte de prosperidades. Entona a esta tu amabilísima libertadora, corredentora y madre los cánticos de tu más cordial y sincero agradecimiento, y sean ellos como unas pruebas o ensayos de los que después irás a cantarle eternamente en las mansiones felices de la gloria.

*Comentario final*

Tenemos frente a nosotros tres sermones en honor de la Virgen de Guadalupe, tres voces distintas de una misma tradición religiosa de implicaciones políticas importantes. El sermón del arzobispo Lorenzana navegaba en la vorágine reformista de los Borbones, que acudía al encuentro de una de las más importantes tradiciones novohispanas. Una pieza oratoria llena de erudición, simbolismos, alegorías, predicada en un momento que quería ser glorioso, dentro del cual la virgen de Guadalupe es pensada como la Reina Soberana Hispánica e Imperial. En 1818 aquel impulso reformista ha pasado y el tono del sermón se torna nostálgico, interiorista, moralista. A la tradición guadalupana se le quiere anclar en un pretérito perfecto que se escapa de las manos inevitablemente. Para conjurar tal destino se acude a la última utopía, por lo que la virgen de Guadalupe es concebida como la “luz indeficiente” de la Nueva España, llamada a conservar aquellos reinos. Sin embargo, en el mismo tiempo, la virgen de Guadalupe ha ido tomando, en la imaginación colectiva de otros sectores sociales, un sentido diferente. En el tercer sermón que revisamos la Guadalupana no es la “Reina Soberana” de una gran monarquía orgullosa de sí misma; tampoco es la “luz indeficiente” de un mundo que se colapsa; La virgen del Tepeyac es, sobre toda circunstancia, la madre que con su ternura y dulzura prodiga, generosa, libertad y redención al pueblo que por su amor fundó: el mexicano.

Al principio de nuestra reflexión apuntamos que se tiene por verdad aceptada que la Guadalupana —y el discurso que le acompaña— es una de las manifestaciones por excelencia del nacionalismo mexicano, al grado de ser considerada, en imágenes y en letras, “La Virgen que forjó la patria”. De este discurso parece que se hizo eco la comunidad académica de estas y otras tierras, con cuyas consideraciones también lo han reforzado y sancionado. Baste echar un vistazo a la obra de don Francisco de la Maza, Jacques Lafaye, David Brading y Edmundo O’Gorman, por citar algunos de los más importantes estudiosos contemporáneos de Francia, Inglaterra, Esta-

<sup>27</sup> *Cfr.*, cita 16 del presente artículo.

dos Unidos y México <sup>27</sup>. Todos ellos, con distinto matiz, coinciden en que el guadalupanismo sigue un desarrollo lineal desde que apareciera como una de las más puras manifestaciones del patriotismo criollo, hasta la formación del nacionalismo mexicano. Con ser cierta esta posición —y de ello han dado abundante evidencia—, nos parece que se fija sobre todo en la producción de una elite intelectual, criolla, letrada, urbana, quienes plasmaron sus ideas en textos complejos de divulgación limitada a esa misma elite. Han analizado con sobrada calidad una de las voces guadalupanas, tal vez la que se impuso con mayor fuerza.

Los sermones aquí analizados nos indican que el guadalupanismo se conformó de muchas voces, que es de suyo el producto lo mismo del diálogo que de polémicas soterradas, de prácticas culturales y estéticas distintas. Así parecen haberlo considerado algunas investigaciones recientes como las realizadas por Xavier Noguez y Richard Nebel que se ocupan de la primera hora del guadalupanismo; o bien la de don Ernesto de la Torre Villar en años pasados.<sup>28</sup> En este sentido cabe destacar también los esfuerzos de investigadores norteamericanos como Timothy Matovina, Jeannete Rodríguez y Virgilio Elizondo quienes han estudiado esta tradición allende el río Bravo; sin dejar de mencionar la reciente obra de Stafford Poole.<sup>29</sup> Para profundizar en los estudios del guadalupanismo creemos necesario atender al llamado que hiciera William Taylor en 1987,<sup>30</sup> sobre la necesidad de diversificar las fuentes en que historiamos esta tradición, como lo son sus manifestaciones culturales, los altares y santuarios dispersos por toda la república.

Todas las voces que han participado en la formación del

<sup>28</sup> Noguez, Xavier, *Documentos guadalupanos. Un estudio sobre las fuentes de información tempranas en torno a las mariofanías en el Tepéyac*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995. Nebel, Richard, *Santa María Tonantzín Virgen de Guadalupe...*, *op. cit.* Ernesto de la Torre Villar, y Ramiro Navarro de Anda. *Testimonios históricos guadalupanos*, *op. cit.*; Ernesto de la Torre Villar, *En torno al guadalupanismo*, *op. cit.*

<sup>29</sup> Por citar ejemplos de lo que vienen haciendo algunos investigadores norteamericanos, cabe destacar a Timothy Matovina, "Our Lady of Guadalupe Celebrations in San Antonio Texas, 1840-41", en *Journal of Hispanic/Latino Theology*, vol. 1, no. 1 (November, 1993). Virgilio Elizondo, *The future is mestizo*, New York, Crossroads Publishing Co., 1992. Jeanette Rodríguez, *Our Lady of Guadalupe; Faith and Empowerment among Mexican-American Women*, Austin, University of Texas Press, 1994. Diversos estudios sobre la misma temática acaban de aparecer en *Journal of Hispano/Latino Theology*, vol.5, no. 1 (August, 1997). Stafford Poole, Tucson, University of Arizona Press, 1995.

<sup>30</sup> Taylor, William, "The Virgin of Guadalupe...", *op. cit.*

guadalupanismo —criollas, indígenas, peninsulares, castas, etcétera— tienen algo importante que decirnos sobre el desarrollo de esta tradición. El entenderlo así nos permite abrirnos a su heterogeneidad también hoy en día, la cual se hace presente al igual que ayer en usos y costumbres, en las artes plásticas, en las letras. El aceptar y estudiar la multiplicidad de sus manifestaciones sólo puede enriquecer nuestra comprensión del guadalupanismo. La sociedad contemporánea exige visiones más plurales de nuestra historia en el entendido de que la diversidad no niega la tradición, sino que la enriquece. Me atrevo a decir que es en la abundancia de sus expresiones en lo que descansa su capacidad para adaptarse a distintas épocas sin por ello perder vigor y, en muchos casos, hacerlo en incremento de su fuerza.